

Siempre Cerca capitulo 2

Milthon Betancourt



Capítulo 1

B

Y allí estaba yo, sin saber qué había pasado en mi terraza días atrás; sabiendo que era el mismo individuo, pero sintiendo que pertenecía a una vida totalmente diferente. Es irrisoria la cantidad de planes que, de un día para otro, se difuminan en la distancia. Con insipientes recuerdos sobre el viernes negro recién acontecido; tal vez los reprimí, o en verdad mi mente los borró con total independencia, sabiduría y conocimiento sobre mis reacciones y sobre mi accionar. Finalmente me decidí y abrí los ojos.

Desperté en mi cuarto, sin alarmas y sin avisos familiares que, de costumbre, resuenan los domingos. Con una jaqueca moral de muerte. Muchas veces compartí esta vista con Beatriz, así, Beatriz, y no Bea, porque sería indigno de alguien coherente seguirle diciendo Bea a quién días antes le había prohibido seguir siendo parte de mi vida; y debo decir que las conclusiones que sacamos de la vida, de los propósitos de la filosofía y de la incapacidad de la sociedad por reencaminar lo bello de lo productivo eran alucinantes, antológicas; era una verdadera artista en los temas que mi mente consideraba fundamentales para la vida, eran temas de Bea, de Beatriz, de nosotros. ¡Carajo! ya no hay más "nosotros".

Y no era depresión; estaba contrariado, desorientado, no sabía qué hacer con estos nuevos bríos, oscuros y planos, que mi presente me proponía. Prendía la televisión y no había algo que me llamara la atención; me paré a levantar mi cuarto: polvo, trastes sucios, ropa tirada, sábanas en el suelo. El panorama era un bálsamo para sacarme a Beatriz de la mente.

Comencé a acumular labores de cualquier tipo, para despejar mi mente y particularmente mi pecho, fue donde me di cuenta de lo perversa que fue Beatriz; pues el tiempo se mutó en un ser inmisericordioso; lagunas de un martirio agonizante. Las horas fueron alteradas, esa canalla supo convertir 60 segundos en 3 horas; la pesadez del sol suplantó a la calidez del día; transformó un momento de descanso en uno tortuoso, me llevó a las cruzadas, donde el catolicismo hacía sufrir al que llevara como estandarte la libertad, su recuerdo era la iglesia y mi estandarte, mi amor por ella. ¡Nunca! ¡Nadie! En verdad, nadie me dijo que lo que siento, era la posible consecuencia de haberla amado. Nadie me advirtió que su ausencia me iba a encaminar a un estado de aflicción extrema ¡Vamos! Que ni por cortesía me informaron del suplicio que dejaría su partida.

Los días consecuentes fueron grises... irónicamente, el gris era su color favorito...Demonios, necesito dejar de pensar en ella... los demonios le fascinaban... estoy jodido.

Mi mente no dejaba de divagar entre aspectos que, francamente, escapan de nuestro entendimiento y de nuestro control; la confianza en mis decisiones estaba comprometida y la seguridad de hace unos días, respecto a estar haciendo lo correcto se esfumó. Aún con esto, no podía buscarla, prometimos no hacerlo y una promesa entre nosotros era sagrada. Cada pareja decide la mejor forma de aceptar el fracaso, el distanciamiento era el nuestro. El último instante de complicidad que pudimos escoger.

Finalmente salí del cuarto, de ese calabozo con paredes azules y puerta maderosa, rasgada por un animal doméstico y anarquista; porque si de algo se caracterizaba Caroline era por practicar un desdén por las reglas hogareñas. Crucé el pasillo, pasé el cuarto de mi madre y me encontré con la segunda prueba post ruptura: <<las escaleras>>. Mismas que me llevarían a explicaciones que no quería dar; aclarar por qué no la buscaba y ser objeto de miradas llenas de compasión y solidaridad que, en esos momentos, no quería ver, pero que mi familia siempre me daba, no por lástima sino porque siempre hacemos propios los fracasos y triunfos. Yo no quería comprensión, lo que yo buscaba era normalidad, que no me hicieran recordar y por encima de eso, que me hicieran ver que había cometido un grave error. Escalón a escalón me fui arrepintiéndome de haber salido de mi dormitorio o de haber terminado con Beatriz, ¡Quién sabe! 14 peldaños bastaron para enfrentarme a sus miradas que tanto rehuía y a un silencio deleznable. Evité un comportamiento pueril y estéril, intenté aludir conclusiones contradictorias y a toda costa quise esquivar convertirme en un ser converso. Quise manipular cada movimiento de mi cuerpo, algún fugaz vaivén de mis pupilas, y que quedara en claro que ya no hablaba con clara unción acerca de mi relación, acerca de ella... De nada sirvió; me vieron y entendieron todo, no había necesidad de pronunciar una sola sílaba para denotar el momento atroz por el cual atravesaba mi corta existencia. La comida estuvo excelente, no se mencionó nada de lo ocurrido con Bea... ¡Beatriz! Y por primera vez en el día pude pensar en algo más allá del amor, o en mi caso, del infortunio.

Terminada la comida me dispuse a checar el celular, y en él se alojaban múltiples invitaciones, algunas superfluas en esencia y otras poco llamativas, pero ningún rastro de ella. Desechaba la idea de estar esperando algún mensaje o llamada de Bea, era más fuerte que yo, pero si de algo se le puede culpar al ser humano es de ser inocente y esperar milagros que nunca llegan. ¡No! No esperaba el mensaje, necesitaba ese mensaje; así transcurrió el resto de la mortecina semana.

Hubiese querido tener la oportunidad de esconderme de la realidad por unas semanas o meses y, sopesar el universo relacionado a mi ruptura; era más un deseo que una posibilidad, los deseos raramente se cumplen. Tenía que asistir a la universidad.

Los trayectos hacia la escuela eran insufribles, las canciones que yo mismo seleccionaba, eran cuidadosamente elegidas, por mi inconsciente, para recordar a Beatriz. Siempre quisimos que, en el amor y en la desgracia, la música fuera una acompañante neutral, esa que fuese incapaz de emitir juicio alguno en favor o en contra y que, sin embargo, diera el maravilloso consejo, a través de sus notas, melodías y letras, de dejar de mal interpretar nuestras palabras y simplemente amarnos; ahora que lo pienso, siempre fue una relación de tres. Grandiosos tríos vivimos: en la sala, en mi recamara, en la suya, en mí terraza, en su cocina, en el baño, en la calle, en su coche... Nuestros gustos musicales eran diametralmente distintos. Ella, amante del pop vanguardista, de la balada intencionada, de esa capaz de hacer corear estadios, bueno, en esta época solo se conforman con las visitas en YouTube y reproducciones en Spotify, y de los ritmos tropicales que la hicieran bailar. En sus venas recorría el alma latina que tanta admiración causa en el resto del mundo. Yo, veneraba la edad dorada del rock, del Bowie inexperto, del Led Zeppelin que omitió colocar su nombre en el disco, pues querían que escucharan la calidad del mismo, más que aceptarlo por ser de la legendaria banda; amante del indie y de la música más rara que encontrara. Me hice fan de Jesse & Joy... la convertí en idolatrante de Damien Rice.

Finalizando ese recorrido de casi 90 minutos en metro, 10 caminando y otros 3 comprando golosinas, llegaba a las afueras de la escuela. Estaba ansioso de entrar en ese santuario del conocimiento para dejar de pensar en ella. Finalmente entraría en un mundo que no conoce esas 3 sílabas de perfección: Be-a-triz; que tontos son, ni siquiera se dan cuenta que nunca conocerán a esa maravillosa mujer que me roba cada suspiro del alma. La ignorancia es un regalo.

Un enrejado guinda y blanco me separaba de la acera y el conocimiento, crucé esta restricción terrenal y me adentré hacia un mundo lleno de buenas intenciones y desastrosos resultados, la universidad. Dejé mi desazón emocional en el umbral de la entrada principal y me propuse terminar el día con dignidad, atravesé el lobby, un salón repleto de trofeos de deportes que nunca practicamos y de actividades recreativas en peligro de extinción, como el ajedrez; y no porque no existan las facilidades en el área bibliotecaria, sino porque en estos tiempos ya nadie tiene tiempo para pensar, me incluyo en este nefasto y muy poco selectivo grupo. Pasando los edificios de los primeros grados me encontré con el mío, subí los dos pisos que me requieren para arribar a mi cita académica y desordenadamente abrí la puerta.

Eran las 4:15 y llegaba tarde, como siempre, pero dentro del parámetro de tolerancia que permitía mi maestra en esa asignatura. Con los ojos en el celular, pues lo estaba poniendo en modo silencioso, requerí permiso

para entrar.

- ¿Me permite pasar? - Pregunté sin alzar la mirada.

- No- Me respondió una voz nada familiar, pues la voz de la profesora Sandra la tenía perfectamente reconocida.

Levanté los ojos y, para mi sorpresa, no era la maestra que tanto me aburría, era una mujer bastante más joven, muy joven diría yo para ser profesora de licenciatura. Era una muchacha de ojos amables y de sonrisa burlona, su edad no se alejaba mucho de la mía. Estaba sentada, con las manos en sus mejillas y una pluma entre su dedo índice y el pulgar, mofándose de mí y de mi reacción poca sutil; los cabellos oscuros como mi estado de ánimo, caían sobre sus hombros hasta adentrarse en su espalda; llevaba puesto un traje sastre del color de su cabello, una camisa blanca, con un escote discreto pero que llamaba la atención de cualquiera que pasara a su lado; unas zapatillas de ante negras completaban su atuendo.

Por un instante pensé en cuestionar a la extraña si era el grupo correcto, pero visualicé todo el salón y reconocí a mis compañeros que, sin reparo alguno, reían en mi cara. Si hubiera sido una semana antes o un momento en donde mi relación aún existiera, mi reacción hubiera sido diferente, pero los hubiera son inútiles.

- ¿Por qué no? - Interrogué, de forma poca amable, a la aún desconocida.

-Llegas tarde, además de la actitud poca respetuosa al solicitar el ingreso
- Me respondió esa extraña impostora con una sonrisa que emanaba de sus simétricos labios.

- ¿Y quién eres tú? - Pregunté con un aire de desconfianza y altanería.

- ¡Julián! - escuché detrás de mí- ¿Qué maneras son esas de hablarle a una mujer? - Era mi maestra.

Estaba confundido e irritado, no sabía quién era la persona del escritorio, y me desconcertaba que no pudiese tomar mi asiento... ¡y así dejar de pensar en Beatriz! Y encima tenía que soportar los reclamos de mi ausente autoridad académica, y, no obstante, soportar la risa tan burlona de la mujer que estaba en su escritorio. Situación crítica.

-No me deja entrar y encima se burla, vea su cínica sonrisa- Señalando y acusando, como niño en primaria, al cual le quitan su juguete favorito y se refugia en los brazos de su protectora.

- ¿Y eso te da derecho a comportarte de esta manera?

Instantáneamente me di cuenta de lo inverosímil de la situación, era verdaderamente cómica mi reacción y la acusación que estaba realizando en la universidad! Y, calculo, hace más de 9 años nadie en el salón era testigo de tan infantil escena. Me eché a reír, la profesora Sandra, la impostora y mis compañeros me siguieron.

-Puedes pasar- Dijo irónicamente esa cínica.

Entrecerré los ojos, aún con la sonrisa en la cara, posee mi mirada un par de milisegundos.

-Gracias- Que irritable es esta persona, pensé- ¿Me puedo sentar?

-No- Una vez más jugaba conmigo.

-Julián, toma asiento- me ordenó la profesora Sandra- Eli, déjalo en paz.

Sonrió y le devolvió el trono a la profesora, se sentó a un lado de mi banca y se dispuso a observar toda la metodología utilizada por la profesora para controlar a un grupo y, aún más importante, analizar la forma en que la docente desarrollaba su clase, no paraba de llenar su pequeña libreta, de pasta dura y tintes artesanales, con notas de dudosa importancia.

Me enfoqué en invertir mi atención en la clase, pues esa era la finalidad de mi abandono a mi miseria emocional, y rápidamente me olvidé de las personas que me rodeaban y me perdí en el mundo del tipo de cambio fijo y variable.

Mi vida estudiantil fue como la de cualquier estudiante, desgraciadamente normal y sin sobresaltos. Deambulé entre clases, entre diferentes corrientes de pensamiento económico; entre adoradores de Keynes, de Marx y de Friedman, entre profesores que entendían la docencia y entre otros, no pocos, que tomaban con nimiedad la relación entre la forma de enseñar y su contenido; tomé nota sobre cómo optimizar las utilidades de privados y me cuestioné respecto al enfoque poco humanista de la macroeconomía; calculé ecuaciones diferenciales y resumí a Engels; dudé sobre la capacidad de Enrique Cárdenas de calcular el PIB de 1800 que nos presentaba en algún libro de su autoría, no por sus métodos sino por sus fuentes; juzgué firmemente al capitalismo y al socialismo, respeté a Rosa Luxemburgo y desmarañé el FOBAPROA; entendí el imperialismo y dudé de su desaparición; cité a Shumpeter, a la escuela de Chicago, a la austriaca, a Marini y odié la mano invisible, pues es uno de los términos más conocidos respecto a la economía y uno de los más inexactos, apliqué

modelos econométricos y me sorprendí al ver lo irreales que son.

Los días transcurrieron sin ninguna contingencia importante, la escuela me absorbía completamente, y no por su iniciativa, sino por mi terquedad de no poseer tiempo alguno para pensar, en nada más que, en Economía. Comencé una relación de odio con mi celular. Me propuse no ceder a la esclavitud de mi móvil, de nuevo pequé en la impoluta inocencia de mi corta experiencia. El lapso ya estaba establecido, cada 3 minutos lo desbloqueaba para saber si tenía mensajes de ese número, que ya no existía en mi libreta telefónica, pero que de memoria conocía. En poco más de quince días no había recibido ninguna noticia de Beatriz, era agobiante. Sentía que me ahogaba. Era consciente de mis falencias como pareja, pero no me veía como alguien faltó en aptitudes, en relación a ser su compañero de vida.

Era difícil de creer que todo había terminado, sobrellevar que no podía hablarle, platicarle que odié, por primera vez, a una mujer, la asistente de mi profesora Sandra; no podía explicarle la falta que hacía en mi vida, no era necesidad, era complicidad; mi amor, mi amiga y mi compañera se había ido y yo me encontraba revisando el celular, instintivamente, cada 90 segundos; hablándole a mis sueños de la ausente, maldiciéndome por las promesas, por haberla dejado ir aquel día en mi terraza, haber aceptado una derrota donde siempre juramos vencer; aquella compañera que me acompañó, aún en las facetas oscuras, se había ido, la había alejado, no lo sé; la única realidad es que Beatriz dejó de estar en mi vida y era inefablemente doloroso.

Estaba decidido a buscar cualquier pensamiento o idea que suplantara el recuerdo de Bea... de Beatriz. Me refugié en la escuela y mis calificaciones me lo agradecieron. Fuera de mi alma mater, me dediqué a lo que nunca me ha decepcionado, la música. Intenté escuchar grupos y ritmos que a Bea no le gustasen tanto y que, aunque nunca fue frontal y directa en este aspecto, pues sabía de mi adoración por la música, con sus reacciones, sabía exactamente lo que disfrutaba escuchar, lo que soportaba y lo que odiaba; me adentré a estas dos últimas categorías. Disfruté la discografía entera de Interpol, sentía que había pasado una vida entera desde la última vez que lo hacía; puse atención a lo nuevo de Arcade Fire, recordé con The Postal Service mi adolescencia, Franz Ferdinand me devolvió las ganas de cantar sin saber hacerlo, pues Alex Kapranos si de algo sabe, es de cantar si tener la voz para soportar ningún tipo de vibrato; de nuevo sentí celos por no poder disfrutar los festivales del Reino Unido, escuchar en vivo a Oasis, The Verve, Beirut; y con escaso resquemor, admito que canté en mi sala, junto a Chris Martin, todo el repertorio de Coldplay. Repasé y memoricé la historia de muchos grupos y de la influencia de estos en la escena musical contemporánea. Aún y con estos esfuerzos, mi <<ex>> amada no desocupaba mi mente, recordaba por qué no le gustaba Interpol o por qué nunca entendió a Marx. Era frustrante, menos que doloroso. Sin extravagancias ni

excentricidades se podrían resumir mis días sin ella.

Siempre me consideré una persona social, pero que elegía no serlo. Amigos, pude tener decenas, pero en cambio, opté por la escasez en este rubro. Podía recordar su apellido, más no sus cumpleaños, pues recurrentemente los olvidaba. No era de esos que necesitara verlos cada par de días, pues si de algo estoy seguro es que la amistad no requiere de frecuencia sino de connivencia y, afortunadamente, Daniela, Diana y Daniel, mis tres D, lo veían de esta forma. El lapso en donde Beatriz desapareció de mi vida, dejé de existir para ellos, nunca me recriminaron, pero sabía que les hubiera gustado ser útiles en mi recuperación.

La relación familiar fue la única que no sufrió ningún percance debido al desafuero que el desamor urdió en mi contra. Aún le seguía llevando la contraria a mi madre, aún seguía escuchando las historias de mi abuela y las peleas con mis hermanos no disminuían. La dinámica de mi núcleo familiar parecía estar intacta ante los sucesos emocionales que me aquejaban. Creía que no era necesario explicar nada, que mi silencio les decía todo lo que necesitaban saber sobre mi ruptura con la mujer que ellos adoraban; creía que, sin decir nada, en algún momento se olvidarían mágicamente de mis relaciones pasadas y, sobre todo, de Bea. A veces la inocencia juega con nuestras mentes, y esta era una de ellas; no era que quisieran ayudarme al no tocar el tema, solo me estaban dando tiempo para asimilar la situación y poder hablar sin quebrarme. Sabios se les dicen.

En los 30 días que había sobrevivido sin ella, solo me limitaba a recoger mi cama y mi ropa sucia; lo demás estaba intacto, pues era consciente de que, en algún cajón, en determinada repisa o encima de mi escritorio, encontraría diversos objetos que hayan sido de procedencia amorosa. No quería empezar ese ciclo de desprendimiento; por eso, que se queden sus llaves en el tercer cajón de mi escritorio, que se pudran en el olvido los boletos de los lugares a los que amamos ir, guardados en los cajones adyacentes a mi cama; que no se mueva la sudadera de algodón gris que yacía colgada en mi armario, esa que tan ceñida le acomodaba y que, sublimemente, la representaba en las calles, no para combatir el frío sino para bregar en contra del machismo que en las calles de la ciudad se encontraba.

Lo que me aterraba era abrir esa carta que había dejado el día de nuestra separación; tenía pavor de leer lo que en ella estaba escrita. Nunca me di cuenta del momento en donde la posó sobre mi escritorio, no fue hasta dos días después que repuse en ella; quedé petrificado, inmóvil ante las inmensas repercusiones de ese pequeño sobre color menta, que resguardaba un relato, una verdad, la verdad de Bea. Un "Julián" escrito en él, me hacía saber que se dirigía hacia mí. No la toqué, y hasta el día de hoy sigue en el mismo lugar, exactamente, donde ella la dejó. Posiblemente, en esa carta estaba escrito lo que en la terraza no pudo

pronunciar; no quería terminar con la magia de esa tarde en mi casa, era un recuerdo que no quería dejar ir tan fácilmente. La guardé en mi caja fuerte, misma que no le funcionaba el pulsor de la cerradura... simbolismos tontos, tan fácil que era abrir el sobre, desdoblar la hoja, u hojas, pues no sabía exactamente la longitud del escrito, y leer palabra por palabra lo que Beatriz escribió. La cobardía era algo que detestaba y, hasta el día de hoy, la entendía. En la victoria se juzga y en la adversidad se aprende. La vida se encarga de aleccionarte en todo momento.

Me despertaba y veía la misma escena, mi falta de ánimo nunca me abandonaba, las canciones melancólicas me acompañaban, el aburrimiento se hacía parte del enfoque con el cual veía al mundo. Las caras dejaron su particularidad encantadora para convertirse en una combinación de rasgos sin importancia, las miradas gritaban aventuras, pero ellas ya no llamaban mi atención, lo esencial dejó de ser necesario y lo circunstancial se volvió lo primario en mi andar, pues en él no era necesario explicar nada, bastaba con fingir una vida y actuar en consecuencia para disfrutar del momento... el momento, tan importante y tan dual a la vez, tan fundamental para el alma, el alimento de nuestro espíritu; por otro lado, tan insignificante para el ser superfluo, para el tiempo y el universo; ahí radica la inmortalidad de nuestra especie, en magnificar algo tan humano, hacer nuestro lo naturalmente fugaz, creer que, el besar a la persona amada, es una situación eterna, por más contradictorio que le parezca a la ciencia; sentir con tal fuerza el abrazo del adiós, que la inmensidad del cosmos se reduce a ser solo un espectador del dolor humano; quizás, lo que nos engrandece como especie, y que la materia, con gran recelo observa, es la celestial capacidad de transponer la lógica por el sentimiento, gestar una emoción por la contraparte de nuestro ser y, compartir con alguien más la intimidad que en la inmensidad del espacio se pierde. Vivimos en un mundo lleno de relaciones sin lógica, paradójicamente es lo que nos diferencia del resto de vida en nuestro plano. La seguía extrañando. Finalmente, el curso de la vida es inalterable, así como existe un inicio, existe un fin, y yo estaba empeinado en hacer durar el intermedio entre estas dos fases tan polarizadas entre sí.

C

La primera parte del sueño siempre era el mismo. Estaba situado a las orillas de un mar, tan abierto como los grados de apertura que mi visión podía soportar; inmenso en extensión e incontable en longitud. Noche a noche, me veía en un bote de rojo ceñido, con un par de remos sobre mis rodillas, tan pesados que era difícil maniobrar con ellos, la chumacera estaba rota y era imposible apoyar los remos en ellas. En la caña, de uno de ellos, tenía inscrita una leyenda, misma, que por la pesadez del ambiente y por la poca luz, era imposible de leer. Después de esperar, la niebla apareció, tan espesa y densa que, a pesar de mi cercanía con la costa, era difícil identificar dónde terminaba el sueño en el cual estaba y

dónde comenzaba la realidad en forma de metáfora en la cual cada noche repetía.

Era difícil distinguir el color del cielo o si había más botes.

Instintivamente, comenzaba a remar para alcanzar alguna orilla, pero las palas de los dos remos se encontraban agujereadas. Era impensado avanzar sin ayuda del oleaje. Naufragaba por horas, sentía que eran horas. El mar, conforme avanzaba el tiempo, se convertía en uno inestablemente creciente; era irritante no poder hacer otra cosa que esperar las buenas intenciones de la ya, marejada. Conforme me acercaba al muelle, la niebla cedía en sus aptitudes misteriosas y pude dilucidar media docena de botes, desordenadamente alineados lado a lado, llenos de recuerdos. Yacían abandonados en un atracadero; en cada uno, se vislumbraban letras pintadas en popa, no podía identificar el nombre, solo sabía que, en ese pequeño pedazo de madera, se adscribía el nombre de la embarcación.

El tiempo seguía su curso, la quietud poco a poco se consolidaba; el oleaje manejaba mi andar, como si fuera un recién nacido que necesita los brazos de su madre para llegar a donde él quiere. No podía hacer otra cosa más que esperar en la bancada de mi bote, a que sucediera algo. Y así, mi progenitora me llevaba, centímetro a centímetro, por las orillas de esa ladeante superficie; finalmente me acercaba lo suficiente como para recorrer uno a uno los botes y, con la inmediatez que el agua me proveía, me daba cuenta que cada leyenda, de cada bote, era un recuerdo con Beatriz.

Comencé con el que estaba más cercano al Este y, para mi sorpresa, no era un nombre, era una fecha; lo supe, no por el formato estándar de números y diagonales, sino por el pragmatismo en su significado. Recorría los botes y la lucidez golpeaba mi mente. Aún no llegaba al final de la fila horizontal que se apreciaba frente a mis ojos, y ya podía intuir la leyenda que me encontraría en esa sexta unidad marítima:

6.- 15/11/2016

Las demás se encontraban en este orden:

5.- 04/04/2014

4.- 21/11/2013

3.- 05/09/2016

2.- 04/04/2013

1.- 10/10/2012

Me adentré en la última embarcación.

15/11/2016

La noche en mi terraza.

Mi pesadilla comenzaba aquí, en este maldito barco, en este recuerdo. Todos los días de ese mes la culpa no me dejaba. Cada crepúsculo, el oleaje me traía a este barco. Todas esas noches revivía mi ruptura, nuestra ruptura, para terminar con un desenlace distinto en cada sueño... ¿Por qué la deje ir?

D

Era el primer pensamiento de mis días. Los últimos días de clases de ese año fueron sin sazón. Nada más que decir, me sentía miserable. Despertaba, ensimismado, repleto de socavones por todo el pecho, me invadían sentimientos antagónicos entre sí; estaba vacío. Por las noches, en mis sueños, una vez más era mía, no en el sentido de posesión sino de convergencia, en esos momentos aún me recitaba los poemas de Benedetti, y yo a ella los de Bécquer. Maravillosa es la mente, pues es capaz de regresarte a lo que alguna vez te hizo feliz; pobre de aquel que no pueda salir de este estado y quedé enterrado entre el anhelo y la culpa.

Revisaba el celular, ninguna llamada perdida... ningún mensaje... nada nuevo. Intentaba seguir adelante, pero la ansiedad por saber de ella me carcomía... habíamos hecho una promesa.

Con el invierno llegó el fin de semestre, y al desenlace de los seis meses escolares, se acercaba un periodo al cual rehuía. Las vacaciones. Estas representaban tiempo libre, y era lo que menos necesitaba, tiempo para pensar en lo que no fue, tiempo para regocijarme en mi miseria, tiempo para darme cuenta que había aumentado el amor que sentía por Beatriz, tiempo para darme cuenta que no la detuve, tiempo para maldecirme cien veces por prometer, algo tan estúpido como no buscarla, tiempo para entender lo que hice mal, tiempo para darme cuenta que fui un pésimo novio y una horrible persona. El paliativo que me mantenía lejos de estos pensamientos de extrema naturaleza, estaba por terminar; la agonía me esperaba gustosamente.

Reprobé dos materias, curiosamente donde mejor desempeño tenía, para tener una obligación que cumplir ¿A quién engañaba? Ni siquiera necesité estudiar para acreditar esas materias. En efecto, en cuanto se terminó el semestre, no necesité esperar a que me inundaran mis pensamientos, ellos se alojaban en mí y solo bastaba respirar para empezar a

escucharlos.

Rehíce la logística de mi cuarto, moví los muebles de oriente a este, cambié el lugar de la pantalla a contra dirección; la estructura organizativa de mi dormitorio sufrió un tremendo giro; siento que muchas veces, los grandes cambios provienen de las más grandes miserias, aquellos giros que ha dado la historia provienen de un desaire de la vida ante nuestros deseos; lo que estaba dentro de esos muebles permanencia intacto, la caja fuerte rota, donde residía la carta con mi nombre en la parte frontal, la había guardado en un cajón de la base de mi cama y, aunque nunca olvidé su existencia, y la tentación no era poca, procuraba terminar sin leerla.

La cocina y los baños nunca estuvieron tan limpios como esos días, las paredes brillaban de frescura, las ventanas parecían no existir, pues ni las moscas más experimentadas eran capaces de percibir la diferencia entre mi calle y la casa; el moho que se alojaba entre los azulejos desapareció; el inventario de herramientas para llevar a cabo el ardua labor doméstica fue restaurado; habían guantes de cualquier tipo y tamaño, gruesos para las labores más exigentes, guantes de látex para las superficies más complicadas y con menos margen de maniobra, como los vértices de las paredes; poseía guantes chicos, medianos, grandes y unos, que orgullosamente presumía, eran de tamaño ajustable, pues cualquier persona que los utilizaba terminaba elogiándolos por su moldura y comodidad al realizar sus actividades hogareñas; existía una variedad en soluciones líquidas contra el sarro digna de tienda departamental, habían plumeros, trapos, servitoallas, y cualquier producto para este fin; compré escobas, trapeadores, moops, cubetas para no tener que exprimir trapos y solamente girar el pedazo de plástico que llevaba el armatoste por mango. Nunca hubo un día en donde el canasto de la ropa sucia tuviera más de 5 prendas en su interior, las sábanas y edredones no dejaron su olor a cítricos, pues en internet había descubierto un brebaje casero que se hacía con cáscara de naranja y lograba que las prendas duraran mucho tiempo con ese olor (siempre me pareció un olor extremadamente terapéutico y me relajaba, instantáneamente, al olerlo) Caroline dejó de soltar pelo, pues llevaba un régimen estricto en su cepillado; tres veces al día aguantaba las mil y un pasadas del cepillo que acababan con su paciencia y los pelos sueltos que tanto odiaba mi madre. Es cruel que los únicos momentos que compartíamos eran los lapsos en donde la cepillaba. La comida siempre variaba conforme mi humor, algunas veces eran muy tradicionales, con el arroz como el personaje principal y la pechuga la acompañaba en un rol secundario, pero de importancia no menor; otras veces el Fettuccine hacía su aparición y los camarones lo proseguían. Ante cualquier amago de tiempo libre, mi mente se enfocaba en ocuparlo con alguna labor de cualquier naturaleza. El abanico que se abría en mi presencia, preciosa mentira, era inmenso; responsabilidades y obligaciones de cualquier orden aparecían, súbitamente, como granos de maíz al fuego. No sabía si estaba siendo muy ágil para esquivar los dardos

que mi corazón moribundo me lanzaba o muy estúpido como para querer esquivar mi axioma sentimental.

E

Los paralogismos siempre se evocan en las adversidades, al menos en las primeras etapas de ese estado. Este mecanismo de auto defensa que nuestro cerebro con ahínco se encarga de sintetizar en pequeñas ráfagas de recuerdos reprimidos y de premeditados silogismos, elaborados para nuestra aceptación, ya estaban funcionando en mí. Conforme pasaban los días iba creyendo en que estaba olvidando a Bea, que la superación ya se vislumbraba en el horizonte y que la desdicha del antagonismo amoroso finalmente iba a quedar como una anécdota si alguna vez me cuestionan acerca de si alguna vez amé.

Justo cuando pensaba en alguna superación, los sueños hacían su reaparición. Eran intermitentes, había días en donde soñaba con la nada, otros en donde regresaba al muelle de aquellos botes con nombres de recuerdos y a partir de ese sueño regresaba a mi terraza, a mi separación del Julián Feliz y con bríos de sinónimos alegres. Era realmente agotador. Lentamente fui comiendo menos, mis pláticas con mi familia se restringían minuto a minuto a situaciones triviales y sin trascendencia. Incluso Caroline se vio abandonada por su dueño. El tiempo transcurría y los enigmas que me rodeaban eran notorios. Sin percibirlo, empecé a buscar los momentos de soledad, lapsos donde pudiera estar conmigo mismo, encerrado, dejé de interesarme por la música, por los libros, por mis gustos. Platicaba en demasía a mis interiores, me reprochaba. Recreé, en mi mente, miles de veces aquella última noche con Bea, y novecientas noventa y nueve veces cambiaba por completo mis argumentos, algunos radicalmente y otros de forma más sensata, si es que se puede ser sensato cuando te falta la cordura. Hacía notas mentales de mis errores, en su gran mayoría, comunicativos, para que en un futuro no volviera a pasar, si es que en adelante pudiera expresarme con tanta naturalidad como lo hacía con Bea. Y más que respuestas, lo único que lograba sacar de ese discurso, hacia lo vivido, eran interrogantes, sobre mi actuar, sobre su accionar, sobre mis sentimientos, respecto a por qué acepté lo inapelable, sobre por qué no postergué lo impostergable, qué era <<eso>> que me impulsó y me dio la valentía de separarme de lo que amaba; sí, había pasado algo que jamás pensamos semanas antes de nuestra ruptura, pero es que ¿en el amor no existe la liberación de los errores de los futuros alcanzables? De pronto me veía cuestionándola a ella, reclamando por qué no había sabido nada de sus pasos, culpándola de que ya no estuviéramos juntos, y minutos más tarde, la culpa regresaba a mi regazo. La extrañaba, vaya que no hay mentira en esa afirmación. Me extrañaba cuando estaba a su lado; jamás me había sentido como en esos meses, en esos años; era un sentir impolutamente

pueril y desinteresado.

Normalmente crecemos con la idea de que conoceremos a nuestra alma gemela y todo funcionará, que los problemas se solucionaran, pues son tan afín que pensarán en la forma más eficaz de resolverlo. A menudo nos vemos envueltos en una dinámica donde aguardamos a la persona adecuada para tener la relación de nuestras vidas, esperando que "esa persona" llene todas nuestras expectativas, inunde con su personalidad y esencia cada arca de nuestro ser. Es muy probable que la gran mayoría se enfoque en buscar a la persona ideal, la más interesante, la más bella, creyendo que, en un futuro, por el amor que se puedan llegar a tener, la relación encuentre el camino hacia un porvenir dual y sin baches; y es aquí donde nunca olvidaré lo que Bea mencionó en el primer café que bebimos ante el resguardo de una parvada de copas de árboles por encima de nosotros.

- ¿Tú qué buscas en el tema amoroso, Alberto? - Dijo mientras sonreía con burla, pues ya le había repetido múltiples veces que odiaba mi segundo nombre.

-No soy Alberto- Lancé unos ojos furiosos, llenos de ese fuego que se alimenta de ternura, pues el hacer una broma sobre algo que le molesta al otro, denota un conocimiento sobre esa persona, y, particularmente, de la atención que fijas sobre sus gustos y sus odios.

-Perdón, Beto- Siguió riendo.

Decidí no hacer caso a sus provocaciones y hacer lo que mejor se hacer, platicar sobre mí.

- Yo no busco, no me gusta estar a la expectativa de que mi gran amor está esperando a que le hable, o que se encuentra en el rincón más escondido de la ciudad, yo no busco, yo conozco.

Se quedó pensando, tratando de sacar de las palabras recién citadas los puntos débiles, las incoherencias, las faltas de sensatez.

-y ¿Qué esperas conocer?

- A ti- La miré mientras lo decía, pues realmente me gustaba, y era en serio el hecho de que no aguantaba las ganas por descubrir lo que su mente celaba, lo que su corazón escondía, y fue mientras pronunciaba esta última afirmación, donde, por primera vez noté como sonrojaba; agachó la mirada y movió los dedos de sus manos nerviosamente. Es uno de los recuerdos más preciados que tengo

sobre ella.

No tardó mucho para que recuperará su orgullo de fiera indomable, para tratar de volver a intentar ser el cazador y no la presa.

- Y, aparte de mí, ¿Qué más aspiras a conocer en el ámbito amoroso?

- Te voy a aburrir

-Me gustan los documentales de Animal Planet sobre el estilo de vida de las algas y los moluscos, dudo que encuentres, en tan poco tiempo, una forma de aburrirme.

-Busco conocerte, conocer a la persona que va pasando, conocer la diferencia entre el latte y el macchiato, sobre las diferencias entre besar y que te besen. Quiero conocer el por qué amo a los perros y por qué odio los gatos; es raro, pero me causa más intriga el conocer que el esperar a que algo pase - Cuidaba cada palabra, pues buscaba que cada sílaba saliente de mi obtusa boca fuera acorde a lo que la mujer, frente a mí, encontrara, no menos, que coherencia y aventura- No estoy buscando pareja, no quiero algo casual, quiero conocer a una compañera de vida, con la cual, a pesar de las circunstancias se encuentre conmigo; una compañera para mis lados más idiotas – En una revista de ciencia leí que el utilizar palabras de connotación ofensiva, no vulgar, y de forma indirecta, ayuda a crear una imagen de ser una persona con personalidad, ¿A qué mujer no le gustan los hombres con personalidad?- y que se sienta con la capacidad de irse en cuanto lo necesite y quiera, que no esté a mi lado por costumbre sino por gusto; quiero conocer a alguien tan libre que sepa qué hacer con su tiempo libre y me regale su beso a la distancia sin culpas de no poder dármelo en ese instante en mis labios. A lo mejor suena imposible, por nuestras edades obviamente, pero si de algo aspiro por conocer, es a mi compañera de vida.

- Eso es muy tierno- sonreía con aire de complicidad y amabilidad, aún a pesar de no estar completamente de acuerdo.

- Y tú Beatriz, ¿Qué buscas en el ámbito amoroso?

Haz notado que, frecuentemente, pensamos en las personas que nos gustaría tener a nuestro lado. Que sean guapos, que sepan vestir...que no sea aburrido, que esté presente cuando lo necesite, que se lleve bien con mis amigos, que no sea creído, que sepa comportarse cuando la situación lo amerite, alguien que nos trate con respeto y furia, que nos anime, nos consienta, que sea fiel y

responsable; plasmamos en esas proyecciones lo que nos gustaría tener en una persona para una relación y eso- sus ojos se tornaron afilados, con una seguridad apasionante y fabulosa- encubre una realidad. Al carajo las personas, lo que verdaderamente deberíamos buscar, pero muy pocas veces lo realizamos, es entender qué quieres en tu vida, cómo te imaginas en un periodo de tiempo, cuáles son tus pasiones, tus gustos, entenderte, sin prejuicios y sin estereotipos, conocerte y aprender a aceptarte, dejar atrás los miedos que nos unen a escenarios circunstanciales; saber quién eres ayudará de forma significativa a la hora de tener una relación, pues no cometes un error que casi todo ser humano comete, prioriza a la persona por delante de la relación...me explico, ven a la persona que les gusta como el fin; dejan de lado lo verdaderamente esencial, lo que una persona debería entender es la relación que quiere en su vida y, tarde o temprano, encontrará a alguien que pueda vivir esa vida juntos. La semilla no va al agua, ni el mar al río, esta tergiversación de la realidad ha hecho del desamor una moda; siempre he pensado: "en la niebla, disfruta tus manos y no fuerces tu vista para vislumbrar el otro lado de la acera".

Ante este discurso, altamente asertivo y subjetivamente perfecto, no tuve nada que decir, solo entendí que esa mujer, que no paraba de tomar su frapuccino, era mi compañera de vida y que yo podía ser esa persona que no llene las expectativas de su pareja sino las de una relación. Seguí tomando mi bebida, y a cada sorbo me sentía desdichado, pues este fulgor que retumbaba en mi pecho ya no estaba en mis manos controlarlo, mi ritmo cardiaco se había salido de mis manos y, en medio de esta crisis corporal y emocional, lo único que quería hacer era besarla y unirme a ella, como el tumor a las células, Solo pude sonreír tontamente.

Después de este recuerdo altamente ingrato para mi superación volvía a hundirme en el silencio. Y no quiero que se malinterprete, no es que el silencio sea malo, muchas veces es más disfrutable que alguna plática, pero aquel silencio que guardaba, ese que en la ausencia de sonido te expresa gritos de desesperación y frustración, aquel que rompe al diamante y corrompe al caballero ético que toma agua en vez de vino por miedo a no cumplir lo que la definición histórica del mote le propone.